

neoliberal. La mayoría de los autores de estas corrientes se consideran como pertenecientes a la ya vieja tradición liberal, mientras que los políticos se consideran a sí mismos como “modernizadores”.

Algunos "críticos extremos", por su parte, utilizan el término neoliberal para designar al liberalismo de finales del siglo XX por oposición al liberalismo decimonónico, quedando atrapados en el término un sinnúmero de propuestas que tienen entre sí diferencias no poco desdeñables en el plano teórico. En efecto, en la medida en que se reserva el término liberal sólo para la tradición decimonónica, todos los demás son "neos" en algún sentido<sup>2</sup>.

Para quienes pensamos desde esta parte del planeta las dificultades se acrecientan. Nos enfrentamos, sin duda, ante un cambio radical en la concepción dominante de la política y la economía, cambio que, al mismo tiempo, ha modificado la naturaleza de las políticas gubernamentales. Dicho cambio ha tenido y tiene un contenido práctico muy preciso, aunque un contenido teórico poco explicitado. Las justificaciones para su adopción han sido desde muy groseras hasta muy confusas y se excusan en la capacidad explicativa de los "nuevos tiempos"<sup>3</sup>, los cuales por sí sólo deberían tener una fuerza demostrativa ineluctable.

Pero ¿en qué consisten los nuevos tiempos? ¿cuáles son las claves históricas que no logramos comprender? y ¿cuáles sus significados políticos? El presente trabajo tiene como objeto tratar de evidenciar estas claves y tratar de dar un contenido explícito a las políticas que se han aplicado en América Latina en esta última década, para tratar de entender las razones de su implementación y su diversidad. Al mismo tiempo indagará en las particularidades propias de los "nuevos tiempos" en esta parte del mundo y de sus implicaciones concretas sobre los sistemas políticos de la región.

## II. ¿Cuáles son los liberales que desembarcaron?

En un extenso artículo en el que analiza la vida intelectual norteamericana de las últimas décadas<sup>4</sup>, Daniel Bell distingue al menos cinco corrientes de pensamiento que han sido denominadas, haciendo abuso del término, como liberales: 1. Los liberales; 2. Los comunitarios; 3. Los conservadores; 4. Los neoconservadores; 5. Los libertarios.

Haciendo un gran esfuerzo de síntesis, Bell utiliza dos variables para caracterizar las diferencias entre cada una de estas corrientes de pensamiento. La primera se refiere a la participación del estado en la vida económica. Así las distintas posturas se encuentran ubicadas en un segmento que va desde la regulación y

---

<sup>1</sup> Profesor-Investigador del Centro de Investigación y Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Universidad Autónoma del Estado de México.

<sup>2</sup> Con este salto pueden salvar sus simpatías con algunos postulados liberales y diferenciarse de gobiernos que consideran aberrantes.

<sup>3</sup> Buena parte del contenido explicativo de los “nuevos tiempos” se basa en la caída del muro de Berlín y el fracaso del “socialismo real” y bastante poco en la crítica del fracaso del propio capitalismo que emergió de la posguerra. Así pareciera que los cambios han sido motivados por factores exógenos. Lo cual permite, a pesar de las profundas diferencias que existen entre quienes los postulan, poner a salvo al capitalismo de una crítica profunda.

<sup>4</sup> Me refiero a Bell, D.: “Guerras Culturales. La vida intelectual norteamericana, 1965-1990, Segunda Parte”, México, **Vuelta**, N° 187, Junio de 1992.

modelo macroeconómico keynesiano, con welfare extendido, con programas de atención a los pobres, programas de salud y educación subvencionados estatalmente, amplias regulaciones estatales sobre la actividad económica privada y la búsqueda del pleno empleo; hasta, en el otro extremo, la adopción de un patrón macroeconómico neoclásico, con intervención estatal sólo a partir de la política monetaria y con nulas o casi nulas regulaciones.

La justificación que estaría detrás de ambos extremos iría desde la creencia en que la igualdad entre los individuos es un valor íntimamente ligado a la justicia y a la democracia hasta la creencia en que las tendencias igualitarias no hacen sino acabar con la libertad del individuo y la competencia, echando por tierra la posibilidad de la prosperidad y con ella el máximo bienestar de las comunidades.

b) En el campo de la moral, el debate se enfrascó en el terreno de las conductas que deben ser socialmente valoradas y, por lo tanto, permitidas. Los temas clásicos que se convirtieron en objeto de debate fueron: el aborto, la homosexualidad, la igualdad entre los sexos, y la democracia. Aquí, las posturas extremas estarían representadas por los que consideran, por ejemplo, el aborto como una decisión que debe estar íntimamente ligada a la libertad de conciencia individual al igual que la homosexualidad, razones por las cuales el primero no debería ser castigado penalmente y el segundo no debería dar cabida a prácticas discriminatorias en el trabajo y deberían permitirse y reconocerse los matrimonios entre homosexuales. En el terreno de la igualdad entre los sexos este extremo estaría caracterizado por su denuncia a las prácticas discriminatorias del trabajo femenino y de la participación política de las mujeres. Por último, pregonarían una democracia ampliada y participativa a través de la cual se resolvieran los principales conflictos sociales y las disfunciones del mercado.

En el otro extremo, se situarían quienes sostienen que el aborto, la homosexualidad y la igualdad de los sexos atentan contra la estructura tradicional de la familia y, por lo tanto, representan una seria amenaza contra los valores ligados a los principios más elevados de la sociedad. Mientras que en el campo de la democracia pregonan que ésta no debe excederse hasta entorpecer la eficiencia económica, al interferir en los derechos incondicionales de cada agente económico de disponer de sus bienes y propiedades como quisiese. En este sentido, son partidarios de una democracia acotada o "gobernable" cuando no del autoritarismo "moderado".

Todas las corrientes tendrían obviamente un trasfondo común que consistiría en la aceptación del capitalismo como forma superior de la organización de la actividad productiva de la humanidad y su articulación en torno del mercado y el peso de algunos valores vinculados a la libertad y la democracia. Sus diferencias anclarían en el distinto reconocimiento que le asignan a la intervención pública en los diferentes ámbitos de la actividad humana así como los ámbitos en los que el principio de libertad individual puede o no ser relativizado.

Las similitudes reducen significativamente el ámbito de observación de la política y la economía, sin embargo, las diferencias no son pocas. Entre unos y otros podrían existir justificaciones tanto para un estado absolutamente "libercambista" y "moralista" hasta uno abiertamente "intervencionista" y "libertino".

Llegados aquí la pregunta que se me hace pertinente es si la distinción que pone al neoliberalismo como al liberalismo de finales del siglo XX por oposición al liberalismo decimonónico es válida. Diría que no. En términos generales, afirmarí que los debates presentes entre las distintas corrientes norteamericanas (aunque sin duda que podría ampliarlas a las de un extenso espectro de los intelectuales europeos) muestran que éstos son distintos a los debates decimonónicos. Razón por la cual no habría un liberalismo del siglo XIX y un neoliberalismo del siglo XX. De la misma manera que he tratado de demostrar que no hay un sólo

La descripción del panorama del debate neoliberal del siglo XX realizada por Bell, es, a mi entender, buena. Sin embargo, en la observación acerca de cuales fueron las corrientes de pensamiento que más impactaron en el actual diseño de las políticas gubernamentales en América Latina, el análisis no debe quedar desprovisto de la historia en la cual este debate se desarrolló.

En efecto, durante cuarenta años los debates entre las distintas corrientes del liberalismo quedaron reducidos a ámbitos estrictamente académicos. El éxito del keynesianismo en la definición de un modelo de gestión macroeconómica había sido indudable para casi todo el mundo liberal, con la excepción notable de Hayek y algunos de sus seguidores. El debate se abre después de su crisis.

En América Latina el intervencionismo desarrollista, si bien no había dado resultados tan contundentes, se apoyó en el éxito del keynesianismo a nivel mundial para darle fortaleza a sus postulados. Aquí también la crítica vendrá de la mano de la crisis.

De alguna manera, en ambos casos, las distinciones aparecen después de la quiebra del modelo de intervención estatal en la economía, con la victoria del modelo impulsado por los que denominaré, por el momento, "libremercadistas radicales". Los debates en el terrero de la moral no han dado vencedores claros, antes bien, podría afirmar que la discusión ha quedado empantanada en una situación de empate entre las distintas posturas. Esto no implica que los embates de unos y otros en este último terreno hayan desaparecido<sup>6</sup>.

La victoria de los "libremercadistas radicales", ligados mayoritariamente a lo que Bell denomina como pensamiento conservador y neoconservador, se manifestó fundamentalmente en dos ámbitos: en la aceptación más o menos generalizada de los principios de la teoría económica neoclásica y en el reconocimiento de la problemática de la gobernabilidad como amenaza para el desenvolvimiento eficiente de la democracia política.

El éxito, insisto, no debe ser desligado de algunos aspectos nodales. El fracaso del keynesianismo y de la negociación política estatalmente mediada entre los factores fundamentales de la producción dió lugar a una amplia convicción de que eran la regulación estatal y la ampliación política de las expectativas sociales y no otras las causas de la crisis del capitalismo.

Las críticas más contundentes que desde el espectro conservador se formularon hacia el modelo de la posguerra hicieron incapié sobre la tendencia que ellos lamaban "socializante" del mismo<sup>7</sup>. Para estos autores

---

<sup>5</sup> Al respecto, recomendaría la excelente obra de McPherson, C. B.: **La democracia liberal y su época**, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

<sup>6</sup> Sobre mediados de 1996 hemos visto, por ejemplo, intentos por parte de legisladores de la mayoría republicana en el congreso norteamericano por impedir la aprobación de una ley, impulsada por la minoría demócrata, que sancionaba a las empresas que dieran un trato discriminatorio en el trabajo a los trabajadores confesamente homosexuales.

<sup>7</sup> En distintas obras Hayek sostiene que las sociedades occidentales enfrentan un excesivo riesgo de repetir el fenómeno nazi o aniquilar la tradición liberal, producto original e inigualable de las mismas, a través de la expansión del socialismo. Ambos, nazismo y socialismo, a los que considera hijos de una misma matriz, se presentaban como nubarrones en el cielo de occidente debido al lenguaje y a las prácticas autoritarias y socializantes adoptadas por los políticos e intelectuales europeos. Al respecto pueden consultarse obras clásicas como **Camino de Servidumbre**, Alianza Editorial, Madrid, 1995 o su último libro **La Fatal Arrogancia, los errores del socialismo**, Centro de Estudios en Economía y Educación A.C., México, 1990.

Frente a estas, las propuestas que se presentaron como exitosas no hacían sino desmantelar aquello que, funcional en su momento, resultaban un estorbo para la acumulación capitalista<sup>9</sup>. De allí que se concentraran en: a) la redefinición del estado como un estado fuerte que, a diferencia del fuerte estado anterior, utilizara su fortaleza para controlar las demandas sociales y encauzarlas por la vía del mercado. En términos que podrían ser menos técnicos, la propuesta implicaba la reducción del poder de los sindicatos en la política; b) la transformación del estado hacia uno que abandonara la intervención en la economía y redujera los gastos sociales; c) la búsqueda de una estabilidad monetaria como meta suprema del gobierno.

Estas han sido, sin duda, desde mi punto de vista, las propuestas triunfantes. Y así lo hizo saber la irrupción de un conjunto de gobiernos que las postulaban abiertamente. Sin embargo, estas propuestas que se definen en el lenguaje generalizado como neoliberales ni son las únicas liberales del siglo XX ni son, estrictamente hablando, liberales, de acuerdo con la caracterización que hiciera en páginas anteriores. Son propuestas conservadoras<sup>10</sup>.

A partir de finales de la década de los setenta, la ofensiva conservadora se hizo visible con los triunfos electorales de Thatcher como primer ministro de la Gran Bretaña, desplazando al gobierno laborista en 1979; de Reagan sobre el gobierno demócrata de Carter en los Estados Unidos en 1980; de Kohl sobre el régimen social-liberal de Schmidt en Alemania en 1982; y de la coalición de derecha que postuló a Schlunter sobre el estado modelo de bienestar escandinavo en Dinamarca en 1983.

Los gobiernos instalados como resultado de estos triunfos electorales tuvieron, a pesar de sus diferencias, un patrón común: la destrucción del poderío sindical en sus respectivos países a partir de una práctica que condujo al desempleo masivo, a la represión de las huelgas y a la imposición de una nueva legislación antisindical. El segundo principio de este patrón común fue la disciplina monetaria y las reformas fiscales que golpearon, en mayor o menor medida, a los gastos sociales y al consumo de los sectores medios de la población. Las diferencias, por su parte, se presentaron en la intensidad con que se adoptaron las medidas anteriores en virtud de que algunas estrategias se vieron determinadas por coyunturas políticas específicas, como, por ejemplo, la política armamentista destinada a quebrar al bloque socialista encabezada por Reagan a consecuencia de la intervención soviética en Afganistán.

---

<sup>8</sup> A pesar de que frente a esta coyuntura los publicistas brindaban una imagen de fortaleza del capitalismo nunca antes vista. Al punto que se atrevieron a postular el “fin de la historia”.

<sup>9</sup> En otros trabajos intenté demostrar que el “estado de bienestar” había surgido del reconocimiento, por parte del capital, del poderío obrero; que consistía en una respuesta a él a través de la negociación estatalmente mediada; y que su crisis debía ser entendida a partir de la reconfiguración de fuerzas entre el capital y el trabajo que hacía circunstancialmente innecesario el reconocimiento del poder de este último. Cfr. Arzuaga Magnoni, Javier: “Globalización, Reforma del Estado y Empresarios”, **Convergencia, Revista de Ciencias Sociales**, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, UAEM, Toluca, Año 1, Nro. 4, octubre de 1993 y “Las relaciones Estado-Sociedad Civil, La fórmula imposible del debate político”, en Massé Narváez, Carlos y Sandoval Forero, Eduardo (Coord.): **Políticas Públicas y Desarrollo Municipal**, Toluca, El Colegio Mexiquense-UAEM, 1995.

<sup>10</sup> De acuerdo con las definiciones que he dado anteriormente estas propuestas conservadoras forman parte de un genérico que denominé "debate neoliberal", sin embargo, llamarlas por eso neoliberales constituye una inespecificidad que tiene consecuencias importantes para el análisis.

Como afirma Anderson, estos gobiernos encabezaron "una tentativa de crear un equivalente en el sur de Europa de lo que había sido la socialdemocracia de posguerra en el norte del continente en sus años de oro"<sup>12</sup>.

Pero este último proyecto fracasó. Entre 1982 y 1983 el gobierno de Mitterrand se vio forzado a cambiar su curso drásticamente y a emplear una estrategia más cercana a la ortodoxia conservadora. A pesar de ello, el socialismo francés perdió en la década de los noventa el control del gobierno en favor de los neogaullistas. El gobierno de González que, a pesar de su discurso, nunca adoptó abiertamente una política distinta a la ortodoxia conservadora, fue derrotado en España por la derecha representada por el Partido Popular. En Suecia la socialdemocracia fue derrotada en las elecciones de 1991 por una coalición de derecha, y en Italia, Berlusconi llegó al poder comandando una coalición conservadora con integrantes netamente fascistas.

Lo que resulta sorprendente es que tanto los socialdemócratas que posteriormente fueron derrotados por los conservadores, como los liberales y socialdemócratas que recuperaron el poder después de experiencias conservadoras terminaron por adoptar el "núcleo duro" de los conservadores. En efecto, no sólo González y Mitterrand, sino también Papandreu en su retorno al gobierno de Grecia, Clinton con la recuperación del gobierno norteamericano por parte de los demócratas y la "nueva izquierda" italiana que derrotó a Berlusconi, hicieron de la disciplina fiscal y del redimensionamiento de las demandas sociales sus políticas centrales.

El caso más patético es, sin duda, el de Clinton que, superando las fronteras que no habían traspasado los conservadores, modificó la ley del welfare estadounidense que había sido bandera de su partido durante más de cinco décadas, derogando la obligación federal de otorgar apoyo financiero a las familias más necesitadas del país<sup>13</sup>.

Esta expansión del "núcleo duro" de los principios conservadores hace, sin duda, que las distinciones que había presentado en el campo de las ideas sean más difusas en el terreno específico de las políticas. Así, si bien los distintos actores sostienen sus diferencias programáticas, en este último campo se confunden. De allí mi comprensión para aquellos que omiten las diferencias y hablan de un sólo neoliberalismo del siglo XX.

Las diferencias programáticas que se extienden más allá del "núcleo duro" persisten. Y aunque podamos hablar de un triunfo de las ideas conservadoras en lo sustancial las diferencias adquieren un significado relevante a la hora de preguntarse por América Latina.

#### IV. El neoliberalismo en América Latina y los barcos.

En América Latina el término neoliberalismo se popularizó a principios de los años noventa y tendió a identificarse con los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) en México, Carlos Andrés Pérez

---

<sup>11</sup> en Holloway, J.: "La rosa roja de Nissan", **Cuadernos del Sur**, N° 7, Buenos Aires, abril de 1988, p. 134.

<sup>12</sup> en Anderson, P.: "Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda", **Vientos del Sur**, N° 6, México, primavera de 1996, pp. 39-40.

<sup>13</sup> Es cierto que, en los debates para modificar la ley del Welfare así como en los debates posteriores que se sostuvieron en el congreso norteamericano para equilibrar el déficit fiscal, los conservadores exigían medidas más drásticas que los liberales y que éstos se encontraban en desventaja numérica frente a los primeros. Sin embargo, lo paradigmático de estos eventos es que los liberales no pusieron en duda la pertinencia de reformar estas cuestiones y que interpusieron el poder de veto presidencial para sostener una graduación que consideraban correcta y no para impugnar las reformas en sí.

A pesar de esta supuesta fuga inicial, en estos países “especiales”, los gobiernos siguientes se asemejaron más o fueron abiertamente conservadores. Los gobiernos de Juan Carlos Wasmosy (1993-) en Paraguay; Ernesto Samper Pizano (1994-) en Colombia; Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997) en Bolivia y Abadala Bucaram (1996-1997) en Ecuador, no disimularon sus simpatías con ese programa.

Chile, por su parte había adoptado el programa conservador aproximadamente una década antes, anticipándose, incluso, a Inglaterra y Estados Unidos, y en condiciones muy diferentes de las demás experiencias.

La extensión del fenómeno justificaba la popularización del término. América Latina vivía una “era de neoliberalismo”, y su descubrimiento tardío y la falta de claridad en la definición del término, hacía pensar que con la reciente aparición de los gobiernos mencionados se había desencadenado el fenómeno. Todos los apoyos y todas las críticas al modelo se hacían pensando en su incipiente implementación y en la inespecificidad de sus diferencias.

Sin embargo, al igual que en los países del sur de Europa, la implementación en América Latina del “núcleo duro” conservador no fue obra de los llamados neoliberales en la primera mitad de la década de los noventa sino de los que denominé “neoliberalizados” en los últimos años de la década anterior. En efecto, los gobiernos que iniciaron este camino, de manera paradigmática para el resto de la región, fueron los socialdemócratas de Raúl Alfonsín (1983-1989) en Argentina, José Sarney (1985-1990) en Brasil, Julio María Sanguinetti (1985-1989) en Uruguay y Alan García (1985-1990) en Perú.<sup>14</sup>

Los países que parecían a salvo de la ola neoliberal, a principios de los noventa iniciaban el lento camino hacia la adopción del programa conservador de la mano de los “neoliberalizados”. Aún cuando los gobiernos abiertamente conservadores no habían llegado al poder, Paz Zamora profundizaba en Bolivia el programa conservador iniciado por Sánchez de Lozada cuando era ministro de economía, dicho sea de paso, del gobierno del otrora revolucionario Víctor Paz Estenssoro (1985-1989), programa que se presumía condenado a su desaparición cuando su partido (supuestamente) de izquierda lo había llevado a la primera magistratura. En Ecuador, el gobierno socialdemócrata de Rodrigo Borja (1988-1992) iniciaba el camino para la adopción del programa conservador, que profundizaría el gobierno socialcristiano de Sixto Durán Ballén (1992-1996) y

---

<sup>14</sup> En los países que soportaron dictaduras militares durante la década de los setenta y ochenta se suele afirmar, después de la popularización del término, que fue a partir de la vigencia de estos regímenes de excepción cuando se comenzó a aplicar el “núcleo duro” del proyecto conservador como el que he descrito. Este lugar común, sin embargo, debe ser revisado a partir de al menos dos consideraciones:

a) Si bien es cierto que las dictaduras militares impusieron un régimen de exclusión social que sólo pudo mantenerse a través del terrorismo de estado y que los trabajadores fueron excluidos de la negociación política a partir de la intervención de sus instituciones representativas y de la cancelación de la arena política, también es cierto que nunca alcanzaron a dismantlar lo que había de *welfare* en estos países y conservaron para el estado una parte del control de la economía a través de la industria paraestatal.

b) A pesar de que las dictaduras militares habían hecho el “trabajo sucio” de disciplinamiento social necesario para la expansión del “núcleo duro” conservador, debe señalarse también que, con la recuperación de los regímenes democráticos, estas sociedades vivieron la oportunidad, tal vez irrepetible, de replantear el modelo. Sin embargo, después de tibios intentos iniciales, los nuevos gobiernos evidenciaron la volatilidad de sus convicciones y asumieron e hicieron asumir a la sociedad su derrota.

"Austral", "Cruzado" e "Inti", respectivamente<sup>16)</sup> que pretendían conjurar el dilema de la inflación sin renunciar a una participación estatal activa. En el caso del Perú, el programa fue llevado hasta el extremo con la declaración del no pago de la deuda externa más allá del 10% de las exportaciones de ese país.

Los fracasos de estos programas fueron absolutos. Los tres gobiernos acabaron en un clima de inestabilidad económica y política generalizada y con una inflación desbordada. Sus últimos manotazos de ahogados consistieron, precisamente, en la adopción de medidas que procedían de la ortodoxia conservadora que los gobiernos posteriores profundizarían.

En Uruguay y Ecuador donde los gobiernos de Julio María Sanguinetti y Rodrigo Borja no se habían embarcado en empresas tan aventuradas como las de los tres países mencionados, el fracaso de sus gestiones si bien no tan sonado alcanzó para que sus partidos no pudieran mantenerse en el gobierno.

En estos países, las respectivas oposiciones a los gobiernos de Alfonsín, Sarney, García, y Sanguinetti presentaron un perfil que intentaba diferenciarse de sus predecesores por izquierda, en sentido estricto: populista, aunque más difuso en el caso de Brasil<sup>17</sup>. Si en estos países las reformas conservadoras no se extendieron durante la gestión de los gobiernos socialdemócratas no se debió a la consistencia programática de los partidos en el gobierno sino al bloqueo por parte de los partidos de oposición en los congresos nacionales, cuando no a los tiempos electorales que debían afrontar.

Los triunfos electorales que obtuvieron Menem, Collor de Mello, Fujimori, Lacalle y, posteriormente, Abdalá Bucaram, basados en un electorado que esperaba de ellos una acción que no se distanciara de sus promesas, no fueron impedimento para que transmutaran sus ofertas en programas netamente conservadores<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> Aquí la tarea de “disciplinamiento” no fue necesaria debido a la naturaleza hegemónica del partido en el gobierno. Por esta razón no hubo oportunidades perdidas y convicciones reformuladas sino un cambio interno en la élite gobernante que dio paso a un grupo conservador frente al agotamiento del modelo populista. La disciplina interna del partido hegemónico hizo que el cambio fuera asumido sin resistencias inmediatas aunque abrió paso a una transición democrática que mantiene relativamente intacta la expectativa de una alternativa.

<sup>16</sup> Estos programas que, a pesar de las declamaciones, incorporaban, a partir de los acuerdos con los organismos multilaterales de crédito, elementos de disciplina fiscal muy evidentes, fueron, en un breve lapso de años, modificados en varias oportunidades incorporando progresivamente elementos fundamentales del programa conservador.

<sup>17</sup> La campaña electoral de Menem se basó en la promesa de implementar una "Revolución productiva" y un "Salarioazo" muy acorde con las históricas propuestas del partido que representaba, el peronismo. Al igual que en el caso de Menem, Lacalle aprovechó la tradicional imagen de su partido, el Blanco, para disimular sus intenciones. Fujimori y Collor de Mello, por su parte, representaban coaliciones políticas novedosas. Ambos constituían, por un lado, la promesa de superar las propuestas tradicionales de un sistema de partidos al que atribuían buena parte de la inestabilidad institucional. Al mismo tiempo, prometían ganar en eficiencia en la gestión macroeconómica respecto de sus predecesores. Fujimori se amparaba para ello en su ascendencia nipona y Collor de Mello en su carácter de empresario exitoso. Ambos se presentaron como una alternativa a la izquierda más abierta, representada en Brasil por el Partido del Trabajo, o a la ultraizquierda, representada en Perú por los movimientos armados de "Sendero Luminoso" y del "Movimiento Revolucionario Tupac Amaru".

<sup>18</sup> El gobierno de Collor de Mello fue efímero. Pronto sus opositores descubrieron un acto de corrupción que obligó a su salida del gobierno. Collor fue reemplazado por su Vicepresidente, Itamar Franco (1992-1995), un oscuro político, que adoptó inicialmente un programa populista y que, sobre el final de su mandato, transmutó por uno conservador. El de

La consideración se vuelve más contundente si ahora si incorporamos la experiencia exitosa de implementación del modelo conservador a través de un gobierno netamente autoritario.

La observación no parece ser una contradicción en los términos del proyecto conservador y acerca luz a la apreciación respecto de los desembarcados. En efecto, cuando consideré en páginas anteriores que el pensamiento conservador había alcanzado tal éxito que había convertido a sus detractores en "neoliberalizados", pero que las diferencias eran importantes para América Latina, lo hacía pensando en destacar este tipo de consecuencias para el subcontinente.

Las diferencias fundamentales entre "neoliberalizados" y neoliberales tenían que ver precisamente con el aprecio que unos y otros profesaban respecto de la democracia. Como sostiene Anderson: "la democracia en sí misma -como explicaba incansablemente Hayek- jamás había sido un valor central del neoliberalismo"<sup>19</sup>.

Los "neoliberalizados", en cambio, difundían a los cuatro vientos su patética defensa de la democracia liberal y del derecho de las mayorías. Su adopción del programa conservador se justificaba en términos de un "posibilismo" fundado en precisiones externas a su propuesta original.

Pero ¿qué podía esperarse de los conservadores, que abiertamente ponían reparos a la validez de la democracia, cuando sus más fervientes defensores en nombre del "posibilismo" habían proclamado la necesidad de una democracia responsable y de garantizar la gobernabilidad?<sup>20</sup> ¿qué podía esperarse de las sociedades que veían a los apóstoles de la democracia avasallarla sin conseguir, a cambio, ningún éxito económico medianamente presumible? ¿qué podíamos esperar del futuro si los defensores de la igualdad proclamaban ahora la necesidad de un estado ágil, más parecido al estado mínimo de los conservadores, que a un estado justo que proclamaban inicialmente?<sup>21</sup>

Una segunda observación debe subrayar, igualmente, que el triunfo del programa conservador barrió con las tradiciones políticas más antiguas de la región. Partidos con una larga tradición nacional-popular como el Revolucionario Institucional mexicano, el Justicialista (peronista) argentino, el Colorado uruguayo, el MNR boliviano y el APRA peruano, fueron arrastrados hacia posiciones conservadoras. Otro tanto sucedió con los social y/o liberaldemócratas como la UCR argentina, la Democracia Cristiana chilena, el Blanco uruguayo y Acción Democrática en Venezuela. Muchos de ellos, participaron abiertamente de la recuperación de los

---

Bucaram fue igualmente efímero. Sus opositores, que controlaban el congreso, bloquearon sus iniciativas y terminaron separándolo del cargo por demencia. En ambos casos, las débiles coaliciones políticas que representaban, a pesar de que fueron suficientes para alcanzar los triunfos electorales que los llevaron a la presidencia de sus respectivos países, no lograron consolidar mayorías legislativas que le dieran solidez y continuidad a sus gobiernos. En el caso de Fujimori, que sufría del mismo problema, su continuidad fue garantizada a partir de un autogolpe de estado y su alianza con las fuerzas armadas de su país que le permitió reformar la constitución y alcanzar, mediante nuevas elecciones, un legislativo leal.

<sup>19</sup> en Anderson, P.: "Balance...", op. cit. p. 43.

<sup>20</sup> Para una versión socialdemócrata de la gobernabilidad ver Camou, A.: **Gobernabilidad y democracia**, Cuadernos de divulgación de la cultura democrática n° 6, IFE, México, 1995. y Arbos, X. y Giner, S.: **La gobernabilidad. Ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial**, Siglo XXI, Madrid, 1993.

<sup>21</sup> Para un análisis de la justificación del estado ágil ver los trabajos de Kliksberg, B.: "Una agenda estratégica" y Ozlak, O.: "El estado postajuste", ambos en Kliksberg, B. (Comp.): **El rediseño del estado. Una perspectiva internacional**, México, Fondo de Cultura Económica-INAP, 1995; y Lechner, N.: "La reforma del estado y el problema de la conducción política", en **Perfiles Latinoamericanos**, N° 7, FLACSO, México, diciembre de 1995.

Ahora bien ¿estaban tan equivocados quienes ponían a todos en una misma bolsa? Yo creo que en términos de la teoría sí. Y creo, asimismo, que en términos de la estrategia política también, aunque no estoy muy seguro.

De todos modos, estas apreciaciones no deberían hacernos olvidar que los responsables de la expansión del modelo no han sido únicamente los conservadores. Tanto los que vaciaron de contenido a la democracia e hicieron de la justicia algo superfluo, como quienes la desdeñaban radicalmente hicieron su parte para el éxito del programa ortodoxo.

Tampoco debe hacernos olvidar que lo que se le reprocha es la poca resistencia y la poca vocación de defender las tradiciones construidas con intensas luchas populares. El capitalismo dio su vuelta de tuerca y los políticos, neoliberales y “neoliberalizados” ajustaron las políticas.

Los primeros, sin embargo, son aún más responsables, en la medida en que su desfiguración de la democracia y de la justicia permitió que de allí en más los gobiernos conservadores continuaran en el poder detrás de un tinte electoral renovado. Así, Menem y Fujimori en Argentina y Perú resultaron reelectos, Zedillo y Cardoso, en México y Brasil consiguieron existos electorales con sus propuestas ya blanqueadas totalmente.

Pero no todas son responsabilidades negativas. Los conservadores lograron éxitos precisamente allí donde los "neoliberalizados" naufragaron. En este caso, mostraron la bondad de los originales por sobre las copias. Y consolidaron el nuevo evangelio: democracia restringida, neoclasicismo económico y profunda desigualdad social.

---

<sup>22</sup> Excepciones a esta regla son los casos de Perú y Ecuador.